

UNIV. OF ARIZONA

861.59 M57a

Mesa y Rosales, Enr/La posada y el camin

mn



3 9001 03794 5170




ENRIQUE DE MESA

LA POSADA
Y EL CAMINO

VERSOS

MADRID

3036



Digitized by the Internet Archive
in 2024

LA POSADA Y EL CAMINO

OBRAS DE ENRIQUE DE MESA

VERSO

Tierra y alma, 1906. Agotada.

Cancionero castellano, 1911. Agotada.

El silencio de la Cartuja, 1916. Premio Fastenrath. Agotada.

Cancionero castellano. Segunda edición, 1917.

PROSA

Flor pagana, 1905.

Andanzas serranas, 1910.

Tragicomedia, 1910. (Biblioteca Mignon.)

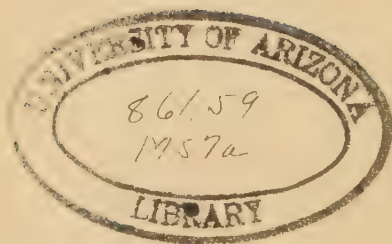
ENRIQUE DE MESA

LA POSADA
Y EL CAMINO

V E R S O S

M A D R I D

Es propiedad.



Imprenta Artística Sáez Hermanos. Norte, 21. Madrid.

EL POEMA DEL HIJO

A Diego de Mesa.

72283

Cae la tarde dorada
tras de los verdes pinos.
Hay en las altas cumbres
un resplandor rojizo,
y el perfil de los montes
se recorta en un nimbo
de luz verdosa, azul, aurirrosada.
En el añil el humo está dormido.

Quieta la tarde y dulce.
—Ven al campo, hijo mío:
comeremos majuelas,
iremos al endrino,
te alcanzaré las bayas de los robles,
y, en aquel regatillo
de los helechos, cogerás las piedras
y cortarás los lirios.

Entre mi mano, suave,
su manecita oprimo,
y avanzamos parejos
por el albo camino.

Los cuencos y colodras
del viejo cabrerizo,
llenando va la ordeña
con blanco chorro, mantecoso y tibio.
Y la leche, aromada
de menta y de tomillo,
sus fragancias esparce
por el verdor ya seco del aprisco.

—¿Tienes hambre? Si vemos
al pastor de los chivos,
al que en las “Maribuenas”
la otra tarde te dijo:
“Vaya un zagal con los ojuelos guapos”,
llámale, y le pedimos
una cuerna de leche
y el cantero de pan que te ha ofrecido.

Es tarde. Los trucheros
se recogen del río;
cubren con sucias ropas
los cuerpos renegridos,
y, entre la malla de la red, platea
la pesca que rebosa del cestillo.

De su pinar se tornan los hacheros:
aire lento y cansino;
en los hombros, las hachas,
y en sus gastados filos,
un reflejo fugaz, que a ratos hiere
los semblantes cetrinos.

Se acercan. —Buenas tardes.
—Vaya con Dios, amigo...
—¿Pero no los conoces?
El de la aijada es Lino,
el que la otra mañana
trajo al Paular el nido,
el que baja en el carro de sus bueyes
los troncos de los pinos...

—¿Te fatiga la cuesta?
Descansaremos, hijo.
Aquí, no; más arriba,
que ya se siente la humedad del río.

La espesura del roble
va cerrando el camino;
se oye el graznar de un cuervo
y un lejano silbido.

—¿Por qué te paras?... ¿Tiemblas?...
¿Acaso sientes frío?...
¡Ah, ya... Caperucita!...
No temas; vas conmigo.
El lobo vive lejos
y es generoso y noble con los niños.

Finge un céfiro blando
misterioso suspiro;
el pipiar de las aves
ha cesado en los nidos.

—¿Que te lleve en mis brazos?
¡Siempre acabas lo mismo!
Agárrate a mi cuello:
no sueltes y te caigas, hijo mio.

No siento la materia:
es aire y luz mi pensamiento limpio.
De la carne desnudo,
llevo al viento el espíritu.

—¿Vas bien?... No me responde.
Como el humo en el aire, se ha dormido.
¡Ay, deleitosa carga,
de mi cansancio alivio!

DULZAMARA

I

Campos de Medinaceli,
ruta de la heroica gesta,
terrón duro, blasonado
por el casco de Babieca;

donde, en la llana albariza,
muelles labranzas rojean
y con barbas de pajones
se enrubian las rastrojeras.

De las aradas y eriazos
se alzan parduscas terreras;
en los añojales crecen
matojos entre las piedras.

Bajo la parda anguarina
transflorando el alma seca,
cruzan pastores ceñudos
tras esmirriadas ovejas.

Van trajinantes y arrieros,
tras de sus cansinas bestias,
caminando, embrutecidos
con el vino de las ventas.

Ni un cantar. Sólo se escuchan,
en lejanas tolvánicas,
los sonidos graves, lentos
de las zumbas de las recuas.

¡Pobre terruñero, "exido"
de tu chozo y de tu hacienda!
¿Dónde tu clara mañana?
¿Cúya la "gentil Castiella?"

Ya tu pecho no trasvina
caldado de la antigua cepa;
hoy tan sólo hieles mana,
podredumbres y miseria.

¿Tendrás el corazón pardo
como tu capa de yesca,
y el alma gris, sin verdores,
como tu llanura muerta?

Viejo Cid, ¿acaso nunca
resurgirás de la huesa,
a un empujón de tus hombros
despelmazando la tierra?

Mira del tosco villano
las cortesanas zalemas,
al señor, sin señorío,
y alcorzada la realeza.

Blande tu lanza buída,
de polvo y sangre orinienta;
húndela en los pobres cuerpos
amarillos de materia.

Sangre de la sangre ardida
con que empapaste las glebas
suba a los nuevos racimos
desde tu cárcava vieja.

Que a un rojo sol de justicia
los verdes frutos enveran,
y ha de fermentar su mosto
dentro de las odres nuevas...

En el camino, señero,
por la llana polvorienta,
mi corazón castellano
ama, duda, sufre y sueña.

II

¡Te guardaré en el alma,
deliciosa vereda,
ensoñado camino de ventura
perdido en la borrasca de las peñas;
brava tierra rojiza
de carrascas austeras,
en donde el agua ríe,
o, en el remanso de los huertos, sueña!
Talladas en la escarpa
de la abrupta ladera,
socavas deleitosas
en que el pastor sesteá,
romerales que aroman,
y, entre las gríseas piedras,

chaparros verdinegros
donde la cabra arisca ramonea.
En la quietud dorada de la tarde,
dulces, cercanas, las esquilas tiemblan.
Lejos, las altas cumbres
de los montes blanquean,
como sus hombros blancos,
curva de nieve que mis labios quema.

¡El ramaje desnudo
y el alma en primavera!
Si mi encendida savia
brota en capullos y florece en yemas;
si el corazón es fuego,
¿qué importa que haya escarcha en la vereda?
El mundo correría
con mi planta andariega
para besar sus labios
y apoyar en mi pecho su cabeza,
de la miel de mi amor y de mis sueños
dulcísima colmena.
De amor nacen las alas
al corazón de tierra,

y en la prisión del pecho,
con ansia viva de volar, golpea.
Quiere beber azul, azul divino,
dormir, ebrio de azul, en una estrella.

III

En la dulce primavera,
sin ventura y bajo el sol,
mi pobre espíritu era
como un mendigo español:

guiñapo a la clara lumbre,
flor de andrajo y de laceria,
con la dorada vislumbre,
recamo de su miseria.

(Sol piadoso y embustero
que haces, por gracia divina,
oro, del estercolero,
vivo joyel la sentina.)

Todo el campo mayeaba
florido bajo la luz;
yo tan sólo caminaba
con el peso de mi cruz.

Tenaz carcoma secreta
me fuiste, temporal duro;
yo te soñaba agua quieta
dentro del puerto seguro.

Y maldije de la suerte
cuando el Mundo era una flor;
y, más fuerte que la Muerte,
venció a la Muerte el Amor.

Y de nuevo, Primavera
me condujo a tu dintel:
tenías cara de cera,
y, en el corazón, la miel.

IV

Por la costanilla azul
remonta la luna clara.
Noche de julio serena.
Velan el viento y el agua.

Brilla, cercano a las cumbres,
un piörrnal entre llamas.
Late un mastín en el hato.
Tiembla una esquila lejana.

De los álamos del río
llega un sonido de plata.
¿Será la voz con que sueño,
su dulce voz que me llama?...

No es sino engaño del aire
que dialoga con las ramas...
Yo pienso—lejos, muy lejos—
en unas verdes montañas.

V

Tras la yunta, que gobierna
mi mano de labrador,
solitario allá en mi serna
sembré los surcos de amor.

Con llanto le di tempero,
claro sol lo hizo brotar;
hoy, ya vencido el enero,
debo su mayo segar.

De la simienza lograba
áurea espiga, grácil, sola.
Junto a su pie rojeaba
la sangre de una amapola.

¡Yo que, soñando, veía,
como premio a tanto afán,
que mi troje aromaría
la fragancia de su pan!

... ..

De aquella espiga divina,
dorada en su granazón,
va moliendo amarga harina
la muela del corazón.

VI

El campo, sediento;
la nube, de paso;
un cielo azul, desesperante y limpio,
y un rojo sol en el ocaso.

Llegará la noche,
lucirá la estrella...
Y el campo seco velará, soñando:
¿Dónde la nube aquélla?

VII

Verde rincón florido,
fuentecilla que mana...
Por la tierra del cuerpo
llega frescura al alma.

Corazón, no te aduermas,
que a la vida te llama
—sudor, sed y fatiga—
la carretera blanca.

VIII

Saben pastores y arrieros
el camino que seguí:
iba cara a los luceros
vertiendo llanto por ti.

¡Sendero en la barrancada,
caminito del amor
aquella tarde, aromada
con nuestras ansias en flor!

Lejos, la azulada sierra.
¿No te acuerdas, alma mía?
Color de sangre la tierra
bajo la turquesa fría.

Hoy, caminante en la sombra,
ni vacilo ni me pierdo:
todo lo aclara y lo nombra
la magia de tu recuerdo.

Pero marchó, trajinero
sin moneda en el garniel,
pobre y triste colmenero
despojado de su miel.

IX

Noche cerrada: los perros
ladran en torno al mesón.
¿Dónde vas—penas y yerros—
lacerado corazón?

Marcho sin rumbo, al acaso;
el espíritu, disperso.
Miden corazón y paso
mi dolor: alma de verso.

Un cantar: lírica vieja
de algún afán milenario.
El viento arrastra en su queja
la posa de un campanario.

X

Reposo de la jornada.
La venta, mísera y sola.
Canta en los jarros el vino;
torpe, trajina la moza.

Un tomillo, que en el fuego
llamea, chasca y aroma,
pinta en las blancas paredes
la zarabanda de sombras.

Cierro los ojos y sueño
caminos, sendas y trochas,
una fuente de agua clara,
una mujer y una copla.

XI

En esta cama en que velo
¿cuánta gente habrá dormido?
En la jarra que me sirven
¿qué labios habrán bebido?

Ayer, potro de inquietudes,
negro vino de dolor;
quizá mañana reposo
y un claro zumo de amor.

¿Qué importa? Los que durmieran,
los que acaso velarán,
los por venir, los que fueron...
todos a la tierra van.

XII

Y era la dulce casa, entre los pinos,
claro de luz en verdinegra sombra.
Para llegar a ti, ¡cuántos caminos
el alma, en llanto de recuerdo, nombra!

¡Ay, que al fin piso la senda florida!
¡Ay, la callada vereda de amor!
¡Ya qué me importa el pesar de una vida
estremecida de dolor!

Era claro cristal, rizo y espuma
la diamantina risa de la nieve:
cuando el rebaño del dolor trashuma,
he de gozar su extrañamiento breve.

¡Ay, que ya toco el umbral de su puerta!
¡Ay, que ya siento la voz que me llama!
Tras de su hoja, del aire entreabierta,
un tibio aliento se derrama.

Cielo ungido de sol de mediodía:
—oro y azul no más sobre mi frente—
En rezago de llanto sonreía,
—blanca primicia—la verdad naciente.

¡Ay, deleitable, gustosa fatiga!
¡Ay, anhelado reposo supremo!
Ha de granar en mi campo la espiga:
un áureo pan en el extremo.

Y la miel del amor en la colmena
del huerto, por mis ansias florecido,
y sobre el corazón, la dulce y buena
mano que acalle el célere latido.

¡Ay, la anhelada secreta delicia!
¡Ay! ¿Son tus muros el último abrazo?
Tú sentirás mi postrera caricia.
He de morir en tu regazo.

SERRANILLAS

I

Ya se partió el zagal mío:
sentí balar a mi puerta
su rebaño travesío.

Mañanita de San Juan:
hay un revuelo de alondras
sobre las siembras del pan.

Rocío de la alborada
reluce en los pastizales
sobre la hierba mojada.

Cuando rayaba el albor,
cruzaron la barbechera
los mozos, a su labor.

Caminaba mañanero,
por la senda de los pinos,
hacia la corta, el hachero.

No te enceles, mi zagal:
patrañas son de las viejas
lo de la Pascua marzal.

No ha de decirte el vaquero
que emparejo en el ejido
con el mozo sobrancero;

que anoche marchó, a la balda
por esos campos, radío,
con su fardel a la espalda.

Si nos queremos los dos,
el mozallón de los bailes
vaya bendito de Dios.

Nos daremos por estrenas:
tú, la leche de tus cabras;
yo, la miel de mis colmenas.

Que pasará la otoñada,
y cantarán los molinos
con la cosecha lograda.

Y ha de venir el casar
allá cuando el nochebueno
dé su lumbré en el hogar...

He de seguir tu rebaño
al robledal del otero,
donde sesteas hogaño.

Te buscaré entre las breñas,
junto a las gleras del río,
donde las cabras ordeñas.

¿Adónde fuiste, pastor,
que no logro hallar tus pasos
en las trochas del alcor?...

... ..

Suena en el aire un cantar:
"No trasvuelas por la vega;
tórnate a tu palomar,
paloma palomariega."

II

Riberas del Duero,
tierra de Coreses,
saludé al vaquero,
guarda de sus reses.

Era invierno frío,
sin cesar nevaba;
con el hielo, el río
su correr frenaba.

¿Quién pisa el sendero
con tiempo tan cruel?
En ocio, el arriero
vacía el garniel.

Recias, las nevascas
daban de sus copos
flor a las carrascas
y a los viejos chopos.

Del valle a la cumbre
todo era un albor:
juntaba la lumbre
gañán y pastor.

—¿Adónde el vaquero
de cerro en barranca,
si está helado el Duero
y, la tierra, blanca?

¿Si la dura serna
no rompe el arado
y el pastor invierna
cerca del ganado?

—Voy junto a los mozos
que van de cañada;
dejarán los chozos
a la madrugada.

Llevan los galanes,
para su camino,
de Zamora, panes;
de la Nava, el vino.

Y, prenda de Pascua,
su cabrito tierno
asado en el ascua
que alegra el invierno.

Para quien camina
sabrosa es la hogaza
allá en la cocina
de la montaraza.

No el desasosiego
de sendas y trochas,
sino junto al fuego
comer migas cochas,

mientras el tomillo
chispea en la llama
y corre el tintillo
que nos sirve el ama.

Hoy en los corrales
se acoge el rebaño.
¡Oh, alegres, pascuales
veladas de antaño!

Coplas y sonajas
eran estos días
en las vegas bajas
las montaracías.

Pero ya en la aldea
no se oye un cantar;
muda, tizonea
gente en el hogar.

Porque en las Castillas
hay hambre y hay duelo;
no brotan semillas
quemadas del hielo.

Mueren los ganados
y hay merma en el pan;
los trigos sembrados
no se lograrán...

Riberas del Duero,
tierra de Coreses,
saludé al vaquero,
guarda de sus reses.

C A M I N E R A

Sol de mediodía. Castilla se abrasa.
Tierra monda y llana: ni agua, ni verdor,
ni sombra de chopo, ni amparo de casa.
El camino, blanco. Ciega el resplandor.

Polvo en los ribazos, secos los cardales;
calcinado el guiño de la carretera;
barbas amarillas en los pajonales;
pardos los terrones de la solanera.

Cruzan la cañada lentos carromatos:
vienen de las sierras de carbón henchidos.
Al calor, se acarran los mugrientos hatos
en las rastrojeras, bajo el sol, dormidos.

Caserío pobre: corralizas, bardas.
Con volar rastrero cruza una gallina.
Alzan las testuces, lentas, graves, tardas,
reses que se enervan bajo la calina.

Lejana se pierde la tierra desnuda,
con hierro amasada, con sangre y con llanto.
El silencio vibra, y en la llana muda,
ni un árbol, ni un hombre, ni un humo, ni un canto.

Y en la abrasadora ruta polvorienta,
cuando la sed quema y ahoga la fatiga,
el alivio parvo de la sucia venta:
rojo vino fresco, grata sombra amiga.

.....
¿Dónde la Castilla de los Comuneros?
¿Cuándo el claro día, fuerte y español?
Hoy Castilla duerme... Mas sus terrazgueros
con el alma libre surgirán al sol.

TARDE EN CASTILLA

Llanura y sol. El automóvil corre.
Caliente olor de pan en rubias eras.
Un bardal, unas casas y una torre.
Fresco aroma del heno en las riberas.

Un mozo enjuto, de perfil romano,
el áureo trigo del parvero avienta;
una yunta corona el altozano,
enorme y parda ante la luz sangrienta.

El silbo de un zagal se escucha lejos.
Suena—paz y dulzor—temblona esquila.
Tórnanse de abreviar cutrales viejos,
y en sus hocicos el cristal rehila.

Tramonta el sol: la lumbrarada rosa
tíñese de un fulgor iridiscente,
y en el aire se cierne la angustiosa
duda, cortejo de la luz muriente.

¿Adónde van los pensamientos míos?
¿Ciegos, han de estrellarse en la agria sierra?
¿O darán en su mar, como los ríos
ondulantes de amor sobre la tierra?

¡Y este deseo que en nosotros arde,
ansia inextinta de humanales siervos!
En el azul-acero de la tarde,
de retorno al pinar, gañen los cuervos.

S E R E N I D A D

Aquí, a la sombra de los pinos viejos,
descanso al repechar de la vereda,
quiero, mientras murmura el agua leda,
meditar la razón de tus consejos.

Transida el alma está de amargos dejos.
Sendero de dulzor o ruta aceda,
¿quién hay, humano, que decirnos pueda
la dicha o el dolor que aguardan lejos?

De sol, silencio y soledad cercado,
huidera la pasión, la razón quieta,
lo más puro del alma se destila;

y el hombre, de sí mismo enajenado,
siente latir el ansia más secreta
y oye cantar el bronce de su esquila.

LA RONDA DE LAS CIUDADES

M A D R I D

Afuera de Madrid: estercoleros;
medianerías rojas;
trozos de sembradura con senderos;
de vez en vez, un álamo sin hojas.

Un perro flaco en la basura husmea.
La podre al sol: comadres y gallinas.
En el silencio un vendedor vocea:
"¡De Laredo, sardinas!"

Un grito, una blasfemia y una risa.
Tiende ropa una vieja en su ventana.
Un hombrachón, en mangas de camisa,
bebe y juega a la rana.

Carrileras profundas en el suelo.
Suenan un reloj su hora.
Una mujer espulga a un rapazuelo
que, moqueando, llora.

Pobreza, suciedad. Por la bocana
de la calle, que hiende el caserío,
blanca y azul, lejana,
la Sierra, madre del sediento río.

A L C A L A D E H E N A R E S

Ambiente claro de ciudad latina.
Riberas del Henares,
ríe al sol la llanada alcalaína:
sembraduras, viñedos y olivares.

Esplende el cielo azul, y el aire vivo
tiene un punto sutil
que cela en el ardor, seco y estivo,
un rezago de abril.

Luz y paz es la hora.
Y en esta quieta dulcedumbre clara,
el alma rememora,
a otros siglos de cara.

Brota del corazón y sube al labio
—zumo de la alquitara petrarquesca—
el amor culto y sabio
de una edad humanista y plateresca.

¡Horizontes abiertos
para soñar a solas,
entre el frescor de esmeraldinos huertos
y purpúreos escalios de amapolas!

¡Caminar entre chopos,
del río en la ribera,
leyendo a Erasmo y corrigiendo tropos
bajo un gayo verdor de primavera!

Y sentir en la paz de la mañana
—serenos caminantes—
sobre el dolor y la estulticia humana
la sonrisa piadosa de Cervantes.

AVILA DE LOS CABALLEROS

Recios, austeros, pardos muros
y torreones de un ayer,
testigos de los tiempos duros
de un pueblo que anhelaba ser;
rosados con el alba, oscuros
y fríos al anochecer;
hoy, cinturón de los impuros
logros de siervo y mercader.

Cubil de estériles afanes
y de sórdidos intereses
de usureros y ganapanes,
de curas y de feligreses.
Antaño, nido de alcotanes,
donde, aluciando sus arneses,
se esforzaban los capitanes
y se alentaban los burgueses.

Vieja ciudad de tosca piedra,
claro blasón de gestas rudas,
sin el asomo de una yedra
por tus almenas siempre mudas.

Obispo letrado y guerrero
y fortaleza catedral;
sergas del monje balletero:
—la cruz, la flecha y el sayal—;
ansia del pardo comunero,
rienda al potro del Poder Real;
unión del noble y el pechero
en la mañana comunal;
honrado, justo y derecho
hombre del burgo medioeval.

Tempera el sol, que claro brilla,
barbecheras y rastrojales:
tierra pelada y amarilla
que rasgan grises peñascales;
viejo terrón de la Castilla
sin el oro de los trigales.

Por el bláncor de aquel camino
que los eriales atraviesa
de la tierra sin pan ni vino,
platicaba Santa Teresa.

¡Capiteles de San Vicente
y coro de Santo Tomás;
Adaja que cruzas el puente
y la llanura abajo vas
en la azul mañana riente!
(Sensación que no volverás.)

... ..

¿Dónde el empuje de tu gente?
Muerta Castilla, ¿dónde estás?
¿Duerme en tu entraña la simiente?
¿Ya nunca más?...

BALADA DE SANGRE

“Pueblo mío, los que te llaman
bienaventurado, éstos son los que
te engañan.”—Isaías.

Pastor, empuña tu cayada:
la aurora en sangre clareó.
Apareja, vaquero, tu honda.
Terruñero, apercibe tu hoz.

La tierra, de quien la cultiva;
el grano, de quien lo sembró.
Las manadas y los rebaños
sólo saben tu silbo y tu voz.

Cristo era hermano en Galilea
del cabrero y el pescador:
el que vive al azar de las aguas
y el que mora en la tierra y al sol.
Los desvalidos le seguían:
—hambre, trabajos y dolor—.
Para el sujeto a servidumbre
era Jesús libertador.
Fariseos y saduceos
—sombra—temieron el claror.
¡Y bebían y se alegraban,
día de la Crucifixión!

Ha fracasado el Evangelio
de la Caridad y el Perdón.
Parirá el Odio la Justicia:
nacer no pudo del Amor.
Odio de siglos se trasvina
del vaso de la rebelión.
San Mateo, San Juan y San Lucas...
¡Lirismos de revolución!

Hunde los filos de tu hacha
en tronco humano, leñador;

deja los pinos centenarios
al mirlo alegre y silbador.
Como fruto, de cada rama
penda un logrero o un ladrón:
sean, al viento, los badajos
cantores de tu redención.
La tullidura de los buitres
caiga como una maldición.
Y croajen los cuervos en torno
su glotonía y su hartazón.
(Luego serán los troncos viejos,
en el hogar, llama y calor:
con los pedazos de las horcas
labra la cuna del amor.)

Correrá la sangre en regajos
de las paneras al terrón;
regará de amapolas humanas
tus rubias mieses, labrador;
verterá en los lagares del vino
la vendimia del corazón;
teñirá con su almagre, en los hatos,
de las ovejas el vellón...
¡Y flotará sobre la sangre
la barca de tu salvación!

Pastor, empuña tu cayada:
la aurora en sangre clareó.
Apareja, vaquero, tu honda.
Terruñero, apercibe tu hoz.

TEMAS LIRICOS

MONTE ABAJO

Era un incendio el sol: los viejos pinos
se encandecían con la luz poniente;
cantaba el agua en los caminos
al alejarse de la fuente;
con los arroyos cristalinos
rimaba el prado verdeciente,
y había dulzura de trinos
sobre los sueños de mi frente.

Ciega inquietud del caminante,
que en la posa del manantial,
sin la conciencia del instante,
anhela seguir adelante
por la aspereza del canchal.
Conqueridor de lo distante,
acaso te sueñas diamante
y eres sólo polvo mortal.

Tejerá tu planta andariega
la certidumbre del destino
con la alegría que no llega
y la pesadumbre que vino.
La triste andanza cañariega
con hambre y llanto amasará tu sino.

El hijo que alegra tu vida
de su "mañana hará un ayer";
su madurez empodrecida,
tierra, a la tierra ha de volver.
Logrado el fruto, lo que fué se olvida,
mantillo de otro renacer.

Agua que ríe en la cacera,
diamante vivo con la luz solar;
claro rumor que en la nevera
se alumbra, siervo del lejano mar:
la renovada primavera
tu amargo fin no ha de endulzar.
Desasosiego del que espera
lo que no ha de alcanzar;
rueda que gira en la rodera
sin nuevo rumbo que explorar;

hoy agua en flor, mañana, en la ribera,
vida que da en la muerte sin parar...
¡Dulzor perdido en la salmuera
del mar!

PRIMAVERA... DOLOR

Y vaga, errátil en el viento,
como el aroma de una flor,
su postrera palabra, la divina
resonancia imborrable de su voz.

En mi torno la primavera:
sonrisa encinta de dolor,
celestina florida y fragante
de la tizne de la pasión.

Rosas brotaron del estiércol
en el muladar interior;
la podredumbre se reboza,
bella, al solapo de la flor,
y un nuevo mayo nos engaña
con el veneno de su olor.

Beso fugaz de labio a labio
—mariposa del corazón—;
sueño que plasmas en el aire
cárneo desnudo de ilusión...

Y la pena sensual que mata
al dardo ciego del amor...

Y el solo escape, lírico y secreto
en la hora amarga de renunciación.

RAUDA

Fatiga, sed y sol de carretera,
angustia y lentitud de la jornada,
¿son para ti, viajera, embriagada
de voluptuosidad en la carrera?

En el viajar como en amor, ligera,
entre los blancos velos recatada,
corres feliz sin caminar a nada,
y donde vas tal vez nadie te espera.

Mas tu rauda visión: el tul flotante,
la figura entre tocas imprecisa
—rostro que hace ensoñar siempre es divino—

deja, para aliviar al caminante,
el agua pura de tu fresca risa,
la sombra de tu gracia en el camino.

A U N A M I G O

Del áureo clavo del amor transida,
un punto el alma la quietud recobra:
isócrono compás, tras la zozobra
que en roja llama enfebreció tu vida.

Piensas que, acaso ya por tu fortuna,
roto el ensueño, la razón comienza,
y es bien que al loco Don Quijote venza
tu caballero de la Blanca Luna.

Y el hueco muestras del gustoso clavo,
en el exangüe corazón, abierto.
¡Ay, hombre triste, del amor liberto,
qué no darías para ser su esclavo!

Meditación: tristeza de la pausa.
Solamente en la acción hay alegría.
La razón es la causa
de la melancolía.

¡Oh, reflexión, alba convalecencia
de un rojo mal de vida y de locura!
Pensar es sólo regustar la esencia
de lo humano: amargura.

Era
su mano blanca
como una rueca
que devanaba
el hilo dulce de mi quimera.

Ya no gira
la rueca.
Y el albo copo del divino ensueño,
trémulo, espera
la mano blanca
—cristal, lirio, azucena—
que dé al amor el lino
de sus madejas.

A UNA NIÑA

Si te conocí capullo
quiero conocerte flor:
alborada que así ríe
promete espléndido sol.

Romperá la primavera
de tus gracias el botón;
serás, en tu mediodía,
gaya pompa de color.

Contemplantos verdecido
lo noble del corazón;
sabrás que lo bello brota
por influjo del amor.

Y si al llegar al ocaso
te ves triste, como yo,
sueña en ver al sol abierto
el capullo de otra flor.

TRANSITO

Campanita de aldea
colgada en el blancor de la espadaña,
tu lengua humilde sea,
en el viento que orea
el llano y la montaña,
la posa de mi carne soterraña.

Cuatro tablas de pino,
sin labra, toscas, servirán de caja.
Para el postrer camino
a mi padre le sobra el blanco lino
de la austera mortaja.

Una mañana pura,
de cielo claro, azul y sol riente,
sin duelo ni amargura,
alumbra mi aldeana sepultura,
unja, dorada, mi vencida frente.

Y en la fragante tierra removida
de la reciente fosa,
una mano amorosa
—mano que acaso perfumó mi vida—
caliente con la sangre de una rosa
el frío hueco de la parda herida.

¡Oh, muerte dulce en el alegre estío!
¡Que todo ría en torno!
¿Dolor?... Sólo el dolor del hijo mío,
que acaso ha de aliviar en su retorno
con blanca espuma la canción del río.

...Y al viento del amor, la blanca vela
del corazón se turge.

Otra vez a bogar, tras de la estela
de la mujer que en el ensueño surge.

Se borrará su luz, y la quimera
que libró al galeote,
lapidada será, como lo fuera
en su camino blanco Don Quijote.

En fresca cicatriz la vieja herida
de la desilusión.

¡Y quiero defenderme de la vida
llevando por adarga el corazón!

Un día así para mi muerte:
el cielo azul, caliente el sol.
Y al darme tierra gozaré la suerte
de ser cadáver español.

ESTAMPAS HISTÓRICAS

UN PAPA DEL SIGLO XV

Manchó con la pasión de lo terreno
la santa albura del Pastor Divino
y fué el poder papal, bajo su sino,
más que canto de amor, fúnebre treno.

La Sacra Forma en impureza y cieno
arrojó por su manos el destino,
y el de la Cristiandad purpúreo vino,
sangre del Hijo, convirtió en veneno.

Para Cristo su nombre fué una injuria;
para la Humanidad, firme peñasco
en que estrelló su queja, atribulada.

Y si en paz héroe fué de la lujuria,
en guerra transformó la tiara en casco
y el báculo blandió como una espada.

UN GALAN DEL SIGLO XVII

Acuchilla los toros del Jarama
como a los alguaciles de la ronda,
y en su rizada cabellera blonda
prendió su corazón más de una dama.

Si del amor, en la agridulce trama,
desvío y burla halló su pasión honda,
es bien que en rimas su despecho esconda
y el madrigal convierta en epigrama.

Y cuando en duelo, por amor reñido,
rueda a sus plantas el contrario, herido,
y en tierra dice: "¡Confesión, que muero!",

a la luz del farol que débil brilla,
doblegando, cristiano, la rodilla,
le da a besar la cruz: la de su acero

RASTROS

“Que espere el libro y que la pluma aguarde;
quizás para escribir fuera temprano;
para el amor, mañana será tarde.”

Icaza.

1903-1906.

PERDURABLE

...Y el corazón, henchido de ternura,
que no escapaba por la abierta herida,
llamó a otro corazón—fuego y dulzura—
al promediar la vida.

Caminante cansado de un camino
de amores sin amor,
al corazón, doliente peregrino,
le detuvo el aroma de su flor.

Y al verla, el corazón dijo: “Es aquélla
la única flor que quiero.”
Y la flor se ofrecía, roja y bella,
bajo el rayo de amor de su lucero...

Dijo el vivir: "En marcha, peregrino.
Andar sólo es tu suerte."

... ..

El corazón, al borde del camino,
junto a su flor, aguardará la muerte.

H U E L L A S

Para todo igualdad: quien con su mano
la semilla sembró, corte las flores;
quien los surcos regara con sudores,
vea en sus trojes recogido el grano.

Quien sembrara en mujer amor humano,
que es sembrar amarguras en dolores,
segador debe ser de los amores
que engendró su cariño soberano.

Que mal puede gozar de las delicias
del amor de mujer en dulce calma,
teniendo el corazón y el alma presos,

quien descubre, entre halagos y caricias,
en el alma las huellas de otra alma,
y en la boca las huellas de otros besos.

YO DESEO...

...Que de mi boca a tu oído no se enfríen las palabras,
y el oro del pelo tiemble al soplo de la pasión;
que de par en par, las puertas de tu corazón me abras,
y entre señor, soberano, dueño de tu corazón.

Que no se cierren tus ojos cuando mis ojos te miren
y en su negrura reflejen el alma entera que asoma
a los míos; que amorosos tus rojos labios suspiren,
y tu espíritu despliegue sus dos alas de paloma.

Y que flojos de la carne por la posesión los lazos,
oiga el ritmo dulce, quedo, de tu corazón, silente
en un sueño venturoso; tu cabeza entre mis brazos,
y mis labios, lentos, suban de tus labios a tu frente.

EROTICA

Cayó sobre tu espalda
la llama de tu pelo,
y quemó la blancura
su ondulación de fuego.

Entre los áureos rizos,
por el amor deshechos,
yo vi calientes, húmedos,
brillar tus ojos negros.

Sin desmayar, erguidos,
redondos, duros, tersos,
temblaron los montones
de nieve de tus pechos.

Y de amor encendida,
estremecido el cuerpo,
con amorosa savia
sus rosas florecieron.

El clavel de tus labios
brindaba miel de besos,
y fué mi boca ardiente
abeja de sus pétalos.

De la crujiente seda,
que resbalara al suelo,
emergió su blancura
tu contorno supremo.

Y al impulso movido
de ardoroso deseo,
se cimbró entre mis brazos
y quedó prisionero.

... ..

Me abrasaban tus ojos.
Me quemaba tu aliento.
Y apagó las palabras
el rumor de los besos...

QUIETUD

La tarde gris.

El cielo
como alma sin amor.
Llueve, y el agua bate
los vidrios del balcón.

En el hogar los leños
arden, y a su calor,
como la llama, tiembla
de dicha el corazón.

Se ha parado la vida.
El tic-tac del reloj
escúchenlo las almas
presas de su dolor;
la ventura en la mía
su fragancia esparció.

Miro tus manos blancas
nevando tu labor.
Escucho el eco suave
de tu divina voz.
Sonríes. Vago sopla
un aire tentador.

Se ha parado la vida.
El tic-tac del reloj
no acompasa el punzante
latido del dolor.

Al cruzar, la ventura,
pródiga, me dejó
la noche de tus ojos
y tus labios en flor.

T U A R O M A

Es, mi vida, tu olor, olor de olores;
no perfume de rosa ni jazmín.
Tu sangre da su riego a únicas flores.
Brota en tu pecho un único jardín.

Aura de ese jardín, tu tibio aliento
brisa de amor en el plantel levanta,
y viene a perfumar mi pensamiento
por el sendero en flor de tu garganta.

Por ese olor la sola mujer eres
que a mi vida traerá placer y pena.
¡Ya no puedo querer a otras mujeres!
Tu perfume a tu vida me encadena,

De tu fragancia singular cautivo,
feliz esclavo soy cuando la huelo,
señor de amor, sobre tu cuerpo vivo,
desde tus pies hasta tu rubio pelo.

Si por cansancio de mi amor te alejas,
no impedirás que el corazón te ame,
y que el aroma que al marchar me dejas
el yermo de mi espíritu embalsame.

Y aunque del rostro cuidadosa celes
la virginal blancura de paloma,
y el negro brillo de tus ojos veles,
¡te sigo por el rastro de tu aroma!

NO VOLVERA ...

No volverá la luna de mi alcoba
a reflejar la imagen de tu cuerpo;
tu cabecita rubia
no dejará en la pluma el tibio hueco,
que en noches largas, tristes,
con mis lágrimas lleno.
No sentirán las losas de mi cuarto
de tu escultura el peso.
No luchará la albura de mi colcha
con la blancura mate de tu seno.
No gozará mi piel calenturienta
en transmitirte el fuego.
No se unirán los labios
para que brote de su choque el beso...
Pero mi corazón siempre refleja

la imagen de tu cuerpo;
siente que en su latir resuena el tenue
rumor de tu andar quedo;
aroma su tristeza la fragante
blancura de tu pecho;
dulce calor la cabecita rubia
deja en el tibio hueco...
¡Mas, sin hallar la rosa de tus labios,
se pierde estéril en el aire el beso!

PERDIOSE LA ROMANTICA

Perdióse la romántica flor de amor de mi huerto,
y hoy ni siquiera miro mi porvenir incierto.

La que mimos le diera, la misma mano blanca
con crueldad femenina de su tallo la arranca.

Y herido el tallo, esconde, galante, sus espinas
para que no ensangrienten esas manos divinas.

Ya ni flores cultivo, ni ilusiones aduerto
del alma en el baldío, triste páramo yermo.

Otra vez castellana, rígida, grave, adusta,
con la biliosa pátina de una ciudad vetusta,

de la razón vencida, rota en campo de ensueño,
descabalgaba del potro, mentido Clavileño.

Pretenden que rescate sus míseros despojos,
que dispersos dejaron tus asesinos ojos;

¡tus ojos, que decían en llamarada loca,
lo que guardaba el fino perlaje de tu boca!

Que mi alma, ¡pobre alma!, que ha sido entera tuya,
con voluntad serena de nuevo reconstruya.

• Y la forja del triste desengaño en el yunque,
y en el dolor la temple para que no se trunque.

Que ya sin fe y sin norte, camine, ensueñe y crea.
¡Que retoñe en los campos del alma Dulcinea!

Que levante la frente, que sacuda los hombros,
y transformado surja de mis propios escombros.

Y rompa de la pena por el bosque hirsuto;
si la flor se ha perdido, no se malogre el fruto.

Nada espero ni ansío. La vida debe ser
torneo de noblezas, y el premio, una mujer.

Y en lidia con miserias y la mujer perdida,
¿qué palma galardona las luchas de la vida?

En tus dominios, dejo rota el alma en pedazos.
¿No querrán recogerlos, compasivos, tus brazos?

Al calor de tu pecho de fijo se enlazarán
si tus labios—mis labios—con amor los besarán.

Del panal de tu boca por las mieles ungidos
otra vez latirían para tu amor unidos.

Pero son mis despojos triste botín de guerra.
Déjalos. Que se sacien los lobos de la tierra.

Verás cómo, azuzadas de hipócrita perfidia,
en la sombra los muerden la impotencia y la envidia.

Tu espíritu ondulante, peregrino de amores,
asaltará otros huertos, arrancará otras flores.

¡Qué importa lo que guardan los lejos del destino
si el viento arrastra seca mi flor en tu camino!

Mi corazón, que sangre por sus heridas llora,
no merece la burda farsa de Altisidora.

No el pensamiento puro de Don Quijote, mancho
con la sombra egoísta de la ruindad de Sancho.

Y siento, como el loco manchego, la amargura
de contemplar la vida después de mi locura.

¿A quién he de ofrendarle mi triunfo en la pelea?
¡No retoña, segada del alma, Dulcinea!

Las armas ya maltrechas—pasión y ensueño—arrumbo
y a lo largo, en el surco de mi vida, me tumbo.

M I S O N A T A

Soy un hombre vulgar. La melodía
que despierta en mi alma
de fugaces, pretéritas venturas
reminiscencias vagas,
y mi dolor cadencia,
y es rima de mis lágrimas;
la que evoca el recuerdo de unos ojos,
negros, como la pena que me mata,
y de un pecho fragante,
y de unas manos blancas,
no es la urdimbre nostálgica de notas,
de dulce, melancólica sonata,
que encierra el sentimiento de otra vida
preso en la ondulación de sus escalas:
la que brotó del llanto
y la que llanto arranca.
La que evoca en mi espíritu dulzuras

que en el recuerdo amargan
—acíbares las mieles
de la dicha pasada—
es la música frívola y ligera
que se formó sin lágrimas;
alegre cosquilleo del oído,
no caricia del alma.

Es un aire que en calles y plazuelas
los “golfos” silban y las “golfas” cantan.
Es el ritmo picante y desgarrado
de una canción canalla.

SE QUE FUI LOCO

Sé que fui loco. No me arrepiento.
Fuí venturoso con mi locura.
Hoy, ya sensato, tan sólo siento
la gran tristeza de mi cordura.

Son generosos, locos empeños.
Nada más dulce que la quimera.
¡Oh, la ventura de los que en sueños
ven cendal fino tosca arpillera!

Pródiga fuiste. Pagué con creces
la regia joya de tu hermosura:
te entregué un alma, que no mereces,
a cambio sólo de tu escultura.

Pero, orgulloso, jamás me quejo;
si huelo flores pisaré abrojos.
¡Aunque me dicen que estoy ya viejo
estas arrugas que hay en mis ojos!

Por un capricho de tu amor fácil
di lo más puro de mi amor fuerte,
y en tu ondulado contorno grácil
—flor de la carne—bebí la muerte.

Pródigamente toda mi vida
dejé en tus ojos negros y hondos,
en tu aromada boca encendida
y entre tus blancos pechos redondos.

Sé que fui loco. No me arrepiento.
Fui venturoso con mi locura.
Hoy, ya sensato, tan sólo siento
la gran tristeza de mi cordura.

INDICE

El poema del hijo...	5
Dulzamara.....	13
I. Campos de Medinaceli.....	15
II. ¡Te guardaré en el alma....	19
III. En la dulce primavera...	23
IV. Por la costanilla azul...	25
V. Tras la yunta que gobierna...	27
VI. El campo, sediento...	29
VII. Verde rincón florido....	31
VIII. Saben pastores y arrieros.....	33
IX. Noche cerrada: los perros.....	35
X. Reposo de la jornada....	37
XI. En esta cama en que velo...	39
XII. Y era la dulce casa entre los pinos...	41
Sorranillas... ..	45
I. Ya se partió el zagal mío....	47
II. Riberas del Duero...	51
Caminera... ..	57
Tarde en Castilla...	59
Serenidad... ..	61
La ronda de las ciudades...	63
Madrid...	65
Alcalá de Henares...	67
Avila de los Caballeros...	69
Balada de sangre...	73
Temas líricos... ..	79
Monte abajo...	81
Primavera..., dolor....	85

Rauda...	87
A un amigo...	89
Meditación...	91
Era...	93
A una niña...	95
Tránsito...	97
Y al viento del amor...	99
Un día así para mi muerte...	101
Estampas históricas....	103
Un Papa del siglo xv...	105
Un galán del siglo xvii...	107
Rastros.....	109
Perdurable...	111
Huellas...	113
Yo deseo...	115
Erótica...	117
Quietud...	121
Tu aroma...	123
No volverá...	125
Perdióse la romántica...	127
Mi sonata...	133
Sé que fui loco...	135

861.59 M57A



a39001 008104237b

72283

